

EL TRATADO SOBRE LOS CÍTRICOS DE NICOLÁS MONARDES

Florentino Fernández González

Luis Ramón-Laca Menéndez de Luarda

Instituto Madrileño de Investigación Agraria y Alimentaria, Alcalá de Henares

RESUMEN

Se ofrece por vez primera la traducción al castellano, con notas, de un texto poco conocido sobre los cítricos del médico sevillano Nicolás Monardes, acompañándose ésta de la edición crítica del texto original en latín, cuya primera impresión se llevó a cabo en Sevilla hacia 1540. La importancia de este texto radica en que en él se señala ya el carácter híbrido de los cítricos, hecho no demostrado hasta finales del siglo XX.

PALABRAS CLAVE: cítricos cultivados, carácter híbrido, Nicolás Monardes.

SUMMARY

The translation into Castilian, with notes, of a scarcely known text on citrus by the Sevillian physician Nicolas Monardes is offered for the first time, as well as the critical edition of the original text in Latin, first published in Seville about 1540. The importance of the text lies in that it is pointed out in it the hybrid character of the citrus, a fact not proved up to the end of the twentieth century.

KEY WORDS: cultivated citrus, hybrid character, Nicolás Monardes.

INTRODUCCIÓN

Con ocasión de realizar otros trabajos de investigación sobre la historia de los cítricos cultivados, tuvimos la oportunidad de conocer un «tratadillo» —en expresión del propio autor— del médico sevillano Nicolás Monardes (1508-1588) sobre los cidros, naranjos y limoneros, cuya traducción castellana damos a conocer aquí por vez primera¹.

¹ «... [el] naranjo ... es género de cidros que tienen gran virtud contra veneno, como lo escrevimos en un tratadillo que anda impresso con otros míos que trata de naranjas». MONARDES, N. (1565). *Dos libros. El uno trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales. El otro libro, trata de dos medicinas maravillosas que son contra todo veneno, la piedra bezaar, y la yerua escuerçonera*,

Dicho tratadillo llamó enseguida nuestra atención por varios motivos, pero sobre todo por el hecho de que su autor aventura en él, haciendo gala de una aguda intuición, el origen híbrido de los cítricos cultivados que hoy conocemos. Resulta sorprendente que, basándose únicamente en la observación, Monardes fuera capaz de detectar un proceso biológico favorecido por el hombre no demostrado hasta hace apenas 25 años. En efecto, basándose en evidencias morfológicas, genéticas y fitoquímicas, diversos autores han llegado recientemente a la conclusión de que sólo el cidro (*Citrus medica* L.), el mandarino (*C. reticulata* Blanco) y el zamboero (*C. maxima* [Burm.] Merr.) pueden considerarse especies válidas, a partir de las cuales habrían sido creados todos los demás cítricos cultivados que hoy conocemos, como el limero (*C. aurantiifolia* [Christm.] Swingle), el limonero (*C. limon* [L.] Osbeck), el naranjo (*C. × aurantium* L.) y el pomelo (*C. paradisi* Macfad.)².

El tratadillo de Monardes, redactado originalmente en latín, fue publicado por vez primera en Sevilla hacia 1540, aunque sin incluir su título en la portada, como apéndice de un tratado farmacológico sobre la rosa³. El propio autor explica al comienzo del texto cómo fue coaccionado por el impresor a rematar la obra, y encontró entre sus cuartillas una carta —nuestro texto— sobre un tema inédito, que incluyó para enriquecer la exposición. El texto sobre los cítricos se presenta, en efecto, en forma de respuesta a una supuesta carta de cierto personaje llamado Quadra⁴.

El mismo texto apareció nuevamente en 1551, esta vez como apéndice de los tratados sobre el corte de la vena y la rosa, manteniendo aún la explicación ofrecida en la primera impresión, y una vez más en 1564, en una nueva edición de las mismas obras, aunque en este caso ya con título propio y sin la explicación ofrecida en la primera y segunda ediciones⁵.

Sevilla, Sebastián Trujillo, f. l ii v. Hemos tomado este dato de RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1925), *La verdadera biografía del doctor Nicolás de Monardes*, Madrid, Tipografía de la «Revista de Archivos», p. 23, n. 2.

² SCORA, R. W. (1975), «On the history and origin of citrus», *Bulletin of the Torrey Botanical Club*, 102(6), 369-375, p. 375. DAVIES, F. S. y L. G. ALBRIGO (1994), *Citrus*, Wallingford, CAB International, pp. 18-20. Para la nomenclatura científica seguimos la sintética propuesta taxonómica de MABBERLEY, D. J. (1997), «A classification for edible *Citrus* (Rutaceae)», *Telopea*, 7(2), 167-172.

³ MONARDES, N. (c. 1540), *De rosa et partibus eius. De succi rosarum temperatura, nec non de rosis Persicis, quas Alexandrinas uocant, libellus*, Sevilla, Domenico de Robertis. Hemos utilizado el ejemplar conservado en la Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla» de la Universidad Complutense de Madrid, sign. MED 663(1).

⁴ «Cum iam af calcem perductus esset libellus, & cartæ vacuæ nonnullæ remanerent, typographus importunis vocibus me impulit, vt opus absoluerem, ego autem cum meas chartas panuceas euoluerem, in primis epistola, de re non satis explicata, ad manus venit, quam obrem eam operi adiunximus ne hiatus qui proponeretur venustatem libello præriperet atq adimeret. Vale.»; MONARDES (c. 1540), f. c iii v.

⁵ MONARDES, N. (1551), *De secanda vena in pleuriti inter Græcos et Arabes concordia. Item ejusdem de rosa et partibus ejus, de succi rosarum temperatura, nec non de rosis Persicis seu Alexandrinis, de malis citriis, aurantiis et limoniis*, Amberes, Jean Richard, f. k1 y sigs. Hemos utilizado el ejemplar de la British Library de Londres, sign. 977.a.5. MONARDES, N. (1564), *De secanda vena in pleuriti inter*

A pesar de haberse publicado en tres ocasiones, este texto es seguramente más conocido gracias a la edición que de él hizo el botánico flamenco Charles de l'Écluse (1526-1609), quien en 1605 lo incluyó en su *Exoticorum libri decem* junto a otras obras del médico sevillano, como las tres partes de los materiales de las Indias Occidentales, el diálogo del hierro y los tratados de la nieve, de la rosa, de la piedra bezoar y de la hierba escorzonera⁶. Hemos preferido utilizar este texto, que reproducimos más abajo, en lugar de la edición original, ya que en esta última abundan los errores y, aparte de la nota inicial de Monardes, no hay diferencias que valga la pena reseñar entre los dos textos.

Es probable que Monardes redactara el tratado sobre los cítricos durante su época de estudiante en Alcalá de Henares, quizá antes de 1533⁷. Se explicaría así la referencia al lugar de residencia del tal Quadra, o Alfonso Lacuadra, es decir Sevilla, o sea la ciudad natal del propio Monardes, como algo lejano a él en aquel momento⁸.

Monardes demuestra en este tratadillo que conocía una extensa literatura científica, puesto que, como ya señalaron otros autores, prácticamente cada línea se apoya en la opinión de autores clásicos, medievales o contemporáneos⁹. En efecto, sorprende comprobar que, para la redacción de esta carta, aparte de las referencias a personajes clásicos, el autor cite obras de más de veinte autores, entre los cuales se encuentran Antonio de Nebrija, Aristóteles, Ateneo, Avicena, Celso, Cicerón, Constantino

Græcos et Arabes concordia. Item ejusdem de rosa et partibus ejus, de succi rosarum temperatura, de rosis Persicis seu Alexandrinis, de malis citrijs, aurantijs, ac limonijs libelli, Amberes, Viuda de Martinus Nutius, f. 35v y sigs. No hemos utilizado esta edición. Véase GUERRA, F. (1961), *Nicolás Bautista Monardes. Su vida y su obra*, México, C^a Fierro y Acero, pp. 121-123.

⁶ L'ÉCLUSE, C. DE (1605), *Exoticorum libri decem*, Amberes, C. Plantin y F. Raphaelengen, p. 50-52. No hemos podido localizar, en cambio, la reimpression del texto publicado por l'Écluse, acompañada de notas en italiano, latín y griego, publicada por PAOLI, H. J. (1942), «Tre rari Opuscoli di Nicolas Monardes. III. *De Citriis Aurantiis ac Limoniis*», *Archeion. Archivo de Historia de la Ciencia*, 25(4), 168-189.

⁷ Según RODRÍGUEZ MARÍN (1925), p. 18-20, p. 32 Monardes nació probablemente en 1508, y no en 1493 como generalmente se afirma, en Sevilla, hijo de Niculoso de Monardis, de origen genovés, que ejercía la profesión de librero, y Ana de Alfaro, y murió en 1588. Sabemos también que Monardes se graduó de bachiller en arte y filosofía en 1530 y en medicina en 1533, en ambos casos en Alcalá. RODRÍGUEZ MARÍN (1925), pp. 47-48. Respecto a la fecha de nacimiento, GUERRA (1961), pp. 5-8, duda entre 1493, 1508 y 1512.

⁸ Quadra, a quien se dirige la carta, se refiere seguramente el cirujano Alfonso Lacuadra, del que apenas sabemos que fue maestro, junto con el también cirujano Juan de Cuevas, de Bartolomé Hidalgo de Agüero, autor de un tratado póstumo de cirugía que vio la luz en 1604. Véase HIDALGO DE AGÜERO, B. (1604), *Thesoro de la verdadera cirugia y via particular contra la comun*, Sevilla, Francisco Pérez. Sabemos que la vida de Hidalgo de Agüero transcurrió íntegramente en Sevilla, por lo que hemos de suponer que Lacuadra residía en aquella ciudad. Estos son los datos que recogen tanto HERNÁNDEZ MOREJÓN, A. (1843), *Historia bibliográfica de la medicina española*, 3, Madrid, Imprenta de la Viuda de Jordán e hijos, p. 321, como CHINCHILLA, A. (1845), *Anales históricos de la medicina en general y biográfico-bibliográfico de la española en particular*, 2, Valencia, Ventura Lluch, p. 28.

⁹ GUERRA (1961), p. 85.

Porfirógénetas, Dioscórides, Filoxeno de Alejandría, Galeno, Hermolao, Ianus Cornarius, Marcelo Empírico, Mesué, Paladio, Paulo de Egina, Plinio, Plutarco, Jean Ruel, Solino, Sorano de Éfeso, Teofrasto y Virgilio. Esto no es de extrañar si tenemos en cuenta que, durante sus años de estudio, Monardes tendría fácil acceso a la excelente biblioteca complutense. Sabemos, además, que él mismo poseyó una buena biblioteca de libros de medicina, ya que en el inventario realizado a su muerte se citan «cantidad de libros de medicina» guardados en «tres arcas de madera pintadas, muy viejas»¹⁰.

Como ya se ha mencionado, en todas sus ediciones el texto adopta la forma de una carta en respuesta a otra enviada por el cirujano Alfonso Lacuadra. Tras expresar su alegría por la carta recibida y dedicar algunos párrafos a realzar la importancia de la cirugía desde los tiempos antiguos, Monardes se centra en responder a la supuesta petición de Lacuadra, que es exponer una especie de estado de la cuestión sobre las naranjas, así como reunir las opiniones expresadas en la antigüedad sobre las mismas. Expone Monardes su convencimiento de la interrelación entre los diferentes cítricos, que, según él, fueron creados por medio del injerto al igual que otros árboles frutales. Se explicaría así, según el médico sevillano, por qué los autores clásicos no conocían otros cítricos, como las zamboas o toronjas, las limas y los limones. Aclara, después, la confusión tradicional a que da lugar el término *citrus*, que los latinos utilizaban tanto para referirse al cidro como a una especie de cedro (*Cedrus* sp.), o más bien a una cupresácea (*Tetraclinis articulata* L.), refiriendo en detalle la descripción y la historia de cada uno de estos árboles. Finalmente, analiza el posible origen etimológico del término «naranja», sin encontrar una explicación convincente.

A propósito del injerto, Monardes insiste varias veces en su convencimiento de que los diferentes cítricos cultivados fueron creados haciendo uso de esta técnica. Hoy, sería más correcto hablar de un origen híbrido de los cítricos, aunque, además, las razas se hayan obtenido y propagado por injerto, medio que asegura la conservación de las características de una variedad determinada. Naturalmente, la especiación por hibridación no debía ser un fenómeno de fácil comprensión en aquella época, por lo que a lo largo del texto se introducen explicaciones sumamente forzadas, como ocurre en el caso de la naranja, que, según Monardes, se habría originado por un injerto de cidro sobre granado¹¹.

¹⁰ RODRÍGUEZ MARÍN (1925), p. 91.

¹¹ Ya FERRARI, G. B. (1646), *Hesperides sive de malorum avreorum cultiva et vsu libri quatuor*, Rome, H. Schens, p. 43, dudaba de semejante origen: «Atqui grauis author in medicina, Nicolaus Monardes, epistola de malis citreis, aurantijs & limonijs ad Quadram amicam scripta ex agricolarum testimonio diserte ait id pomum recentioris esse culturae inuentum, insitaeque in punicam citri talea prouenisse. Nostri tamen coloni de mirabili hac origine dubitant atque, ut ne pro insitionis miraculo facile insituum sese mendacium insinuet, ipsum inserendi periculum in oculorum certissimum iudicium uocant [Un reputado autor de obras médicas, Nicolás Monardes, en una carta dirigida a su amigo Cuadra acerca de las cidras, naranjas y limones explica elocuentemente que esta fruta se ha descubierto en tiempos recientes y que proviene de un esqueje de cidro injertado en granado. Sin embargo, nuestros campesinos ponen en duda

Veamos, pues, la edición crítica de la versión del tratadillo sobre los cítricos de Monardes, en versión de l'Écluse, así como su traducción al castellano acompañada de las notas correspondientes. Para hacer más legible el texto hemos cambiado el signo & por su correspondiente conjunción et, se ha racionalizado el uso de mayúsculas y, sobre todo, aparece puntuado el texto con criterios más lógicos y actuales. En lo demás la carta se corresponde totalmente con el original, incluso en algunos errores propios del latín de la época; así se respetan las letras v y j originales que se corresponden respectivamente con las semiconsonantes u y i del latín clásico; se aceptan las vacilaciones en las consonantes geminadas (*literis / litteratura; caussa...*) y cualquier otra forma arcaica o vulgar de una palabra (*quum, secula*). Se ha procurado que la traducción tenga sentido en español, pero sin despegarse excesivamente de la expresión latina.

DE CITRIIS, AVRANTIIS, AC LIMONIIS.

D. NICOLAVS MONARDVS

QVADRÆ SVO S. P. [salutem petit (poscit)]

Quantum exhilaratus tuis literis fuerim non possum scribere. Est enim epistola tua tam tersa, tam varia, tan denique omnigena eruditione ac reconditiore litteratura inspersa, ut a Musis ipsis concinnatam esse credere par sit. Quam cum legendi cupiditate avidius refero, illud Poetæ contigit, ut, cum cupio sedare sitim, sitis altera creverit.

Quod autem ad nostram amicitiam pertinet, tua virtus, tuæ literæ ac doctrina non tantum me, sed exterarum gentes ad id invitant. Quantus virtutis tuæ sit splendor una eademque omnium accipimus voce, quin palam Senatus hujus inclytæ civitatis, qui te inter omnes Hispaniæ pro archichirurgo elegit, confessus est. Nec immerito, cum omnibus iis quæ ad hanc facultatem conducunt sis imbutus, tum quæ ad medicinam pertinent apprime eruditus.

Antiquo autem Hippocratis, Galeni aliorumque antiquorum tempore chirurgia conjuncta erat medicinæ; postea vero quam deducta est ab aliis, habere professores suos cœpit, in qua præstantes principesque fuerunt Podalirius ac Machaon, Æsculapii filii, qua ab Homero referuntur, vulneribus tantum ac abscessibus externis medendis insignes. In Ægypto quoque increvit, Philoxeno maxime auctore, qui plurimis voluminibus hanc partem diligentissime comprehendit. Et multi alii viri singula quædam reppererunt, de quibus apud Celsum libro primo satis diffuse scribitur. Inter quos, vir doctissime, ascribi potes, cum in te luceant ea quæ Galenus noster, omnium bonarum artium coripheus, nos docuit, qui operationem manualemente artificiosam ad commodum finem pertinentem chirurgiam esse prodidit. Quam tu una cum Medicina a primis

este portentoso origen y, para no dejar pasar una falsedad evidente aceptándola como una rareza de injerto, contraponen a esta experiencia de injerto el dictamen irrefutable de la observación]». Hemos utilizado el ejemplar de esta obra conservado en la Biblioteca Francisco de Zabálburu de Madrid, sign. 2-96.

unguiculis professus es; oportet enim qui Medicæ artis scopum attingere debet a teneris annis summo opere insudet. Quod Soranus Ephesius, medicorum suo tempore summus, cum de probatione medici scriberet, satis lucide demonstrat. «Nos tamen», inquit, «principium sumimus ab eo qui imbui arti medicinæ inchoat. Sit autem ætate illa ex qua maxime e parvis homines transeunt ad magnitudinem, quod est in annos undecim. Hæc enim est ætas apta ad sumendam sacram artem medicinæ». Hæc ille. Sic enim ad fastigium medicæ facultatis devenisti, ut in Complutensi Lyceo lauream coronam doctoratus non sine multo labore ac eruditione gloriaque adeptus sis, ita ut artem ipsam more antiquo in unum redegeris. Cujus candoris tuæque laudis partibus ne videar assentari atquæ adulari, in præsentī missas faciam.

Quæris literis tuis quid de aurantiis sentiam et quid de eis sentiant antiqui, an apud Priscos sit habita earum cognitio. Miror tamen, mi Quadra, cum habeas in hac inclita urbe doctissimos viros, de medicina universa optime meritos, qui majore eruditione literisque in hoc negotio possint satisfacere, ad me unum venias, cum eruditione et usu rerum sim multo inferior. Præsertim quod ad aurantias attinet, potius divinator sim, cum non habeam ducem. Sed, ut amico et doctissimo obsecundem, non quod⁵¹ velim sed quid sentiam in hac re, paucis aperiam.

Citri, limones consimilesque arbores eiusdem sunt naturæ, quæ insitionis causa in alium colorem ac figuram abeunt. Et, quia de aurantiis est sermo, opportunum est ut de citro tanquam de primo earum parente in primis sit nostrum institutum.

Arbores quæ citri nomen habent duæ sunt: una cupresso similis, de qua celebres illæ mensæ quas memorasti fiebant; altera vero quæ citria ferebat. Hæc enim humilis est, omnibus nota, omni tempore pomifera, semper prægnans fœcundaque, ut trium annorum fructum habeat. Flores emittit jucundissimos, pomum oblongum, interdum rotundum, aliquantulum rugosum, colore aureum, odore gratum. Arbor est non multæ proceritatis, folio lauri consimilis; aculeos habet acutos vehementer et rigidos. Apud Medos et Persas imprimis frequens, deinde Palladii diligentia in Italiam translata fuit, postea vero in Hispania in usum devenit, ut nemora et campos occuparet.

Antiquitas non vescebatur, sed odoris causa in usu erat; et magna hominum cura ex acri dulcem cibum fieri docuit. Alexipharmaca etiam virtute pollet; quanquam Marcellus dubitet an semen aut pomum sit, quoniam Dioscorides relativum tam ad semen quam ad pomum refertur, sed Plinii doctrina monitus tam semini quam pomo attribuit virtutem. Theophrastus vero totam vim integro pomo assignavit, cujus vestigia Paulus secutus est. Hoc enim malum inimicum est venenis, quod Virgilius secundo Georgicorum satis pulchre his versibus prodidit:

*Media fert tristes succos tardumque saporem
felicis mali, quo non præsentius ullum,
pocula si quando sævæ infecere novercæ
miscueruntque herbas et non innoxia verba,
auxilium venit ac membris agit atra venena.*

Quæ omnia videtur convenire cum Theophrasto et Plinio et aliis, quoniam est contra omnia venena præsentaneum remedium et contra ictus animalium venenatorum, ut Ruellius narrat eleganti historia in hunc modum: «Quin et (ut Athenæus refert) omnibus perspicuum est citrium malum adsumptum veneficii cujuslibet amuletum esse. Quod a fidem faciente cive didicerat, qui secundum leges ab Ægyptiorum magistratibus latas maleficos quosdam damnaverat nebulones, quo suorum facinorum luerent pœnas feris in prædam exponendos quos oportebat omnibus bestiis obiici. Verum, antequam in theatrum descenderent, in quo fures et prædones supplicia pendebant, in itinere caupona quædam, vicem eorum dolens fortisque miserta, quæ in manibus tenebat edens dedit citria, quæ recepta manducarunt. Nec multo post, immanibus et ferocissimis bestiis oblata et ab aspidibus demorsi, nihil molestiæ senserunt. Tum præfectum dubitatio cepit, rogans denique militem, cui reddita fuerat custodia, si quidpiam edissent aut bibissent. Ubi certior factus est citrium ex integra simplicitate donatum, postridie jubet uni præberi et alteri denegari: qui comederat demorsus nihil incommodi passus est; alter illato ictu confestim interiit. Qua re multis probata factoque frequenter periculo, tandem inventum est omni exitiali medicamento præsentem esse remedio». Hactenus Ruellius. Sic enim ad diversas regiones propter remedii præsentiam devenerunt et, cum non vescerentur, propter odorem et medicamenta tantum erant in usu; quod Plutarchus retulit et Athenæus affirmat.

Tunc enim inculta arbor erat et maximam amaritudinem et acetositatem citria habebant, ut non absque ratione Solinus Plinii simia miræ amaritudinis esse scribat. Quod homines magna cura perverterunt, ut Constantinus Cæsar docuit: «nam in ovillo lacte semina prius quam ponerentur maduerunt; sic autem ad dulcedinem mutata sunt». Et non amiserunt in totum suam amaritudinem, nam cortices hujus pomi intensam amaritudinem adhuc possident, quoniam, si solas degustaveris, illud Solini illis satis convenire videtur.

Non solum ad domesticitatem sunt redacta, sed insitionis causa ad diversas formas devenerunt, ut diversitatis ratione elegantiores gustu et conspectu fuissent; tunc vero ut per insitionem mortalitati arboris succurrerent. Arborum sationem aves primum docuere, devorato raptim per famem semine, et alui madido tepore, cum fœcundo simi medicamine, in mollibus arborum lecticis abjecto, et ventorum impetu sæpius in hiulcas corticum rimas translato. Vnde enata visitur platanus in lauro, laurus in aliis arboribus. Quo exemplo antiquiores insitionem invenerunt; qua mediante miranda in arboribus et fructibus undique cernuntur, quoniam ex utraque arbore aliud distinctum enascitur, quod utriusque facultatem ac similitudinem possidet. Nam, Persica arbore in malo cidonio inserta, malum cotoneum enasci vidimus, de quo non memini me legisse, nec prisca meminerunt. Sic evenit citro arbori; nam in malo Punico inserta (ut agricultores docent) in rubrum colorem et diversam formam abit. Vnde videntur enatæ aurantiæ, quoniam aurantiæ malo citrio non absimiles sunt, et cum malis Punicis in rotunditate et colore corticeve satis convenire videntur. Et hoc maxime mihi persuadeo, quoniam eæ frequenter cum malis Punicis conjunguntur,

tanquam non multum viribus et potentia ab illis deficient. Quod certe experientia etiam hodie cognoscere cuique datur, quum Punicorum penuria aurantiæ in plerisque locis in usum veniant, ad corroborandum videlicet os stomachi, ad bilis fervorem, ad sitim atque alia quamplurima; in quos sane usus a medicis aurantiæ probantur.

Sic enim ab auri colore eas voco, sive Arantiæ ab oppido nominentur impertinens est. Has vocant Græci *poma aurea*, unde ego *aurantias* appellavi. Quam sit difficile nomina rerum derivare unicuique doctissimo relinquo. Vnum habeas persuasum, quod per insitionem advenerunt, veluti alia complura fructuum genera quæ insitionis opere habemus, sicut tot genera prunorum, malorum, persicorum aliorumque fructuum. Quis non videat tot genera limonum et alia, quæ nec citrio nec limonibus conveniunt? Quemadmodum zamboas, toronjas, limas, limones; quæ omnia nec prisci cognoverunt. Sic magnificatus est insitionis usus, ut aurantium sunt plura genera; nam aliquæ sic habent corticem dulcem, ut totæ comedi possint; aliæ autem in uno pomo duo genera botrorum habent; aliæ vero absque semine sunt.

Quanta diversitas saporum in eis degustatur communi relinquo iudicio. Sat sit quod multa sunt apud nos et fieri possunt per insitionem, quæ monumentis antiquorum non memorantur. Quod nostris aurantiis evenit, ut Antonio Nebrissensis, vir in omni literarum genere valde eruditus, in proœmio sui Dictionarii sic prodidit: «Multa sunt nostro seculo quæ antiquitas illa aut penitus ignoravit aut genere tantum indistincte cognito differentias⁵² rerum intellexit. Mala citria unius tantum generis ac nominis, atque ita vix cognita apud antiquos fuisse legitimus. Nos vero ejus pomi variis generibus nomina diversa indidimus: *cidras, naranjas, toronjas, limas, limones* appellantes». Hactenus Nebrissensis.

Non solum arborum fructus, sed arbores ipsæ in alium modum per insitiones curiositatem devenerunt. Nam citrus arbor in aurantio inserta ad magnam proceritatem provenit, et aurantius in citro ad tan humilem formam, ut magnitudinem unius cubiti aurantius non excedat. Et, ut unico verbo hoc negotium absolvam, per insitionem aurantias ad nos devenisse pro certo habemus persuasum. Has enim antiquiores non cognoverunt. Auicenna vero commentario *De virtutibus cordis*, et lib. I *De urinis*, et lib. 5. *De antidotis* de citrangulis commemorat. Quod et Mesues factitavit, quando oleum de pomis citranguli scripsit; qui an sint aurantiæ nondum nobis constat. Sed tempus est ut ad aliam citrum sermonem vertamus.

Mensæ vero illæ, mi Quadra, a veteribus decantatæ, quæ ex citro antiquitus conficiebantur ob arboris proceritatem, quod ex aurantio possint fieri tuis literis affirmas. Qua ratione a veteribus aurantias esse cognitæ deducis, cum ex citro nostra fieri non possint, quoniam infima arbor est, non apta ad tale opus. Non miror quod in eandem difficultatem incidas ad quam complures antiquiores devenerunt. Mensas illas tam pretiosas, præsertim Ciceronianas, non fuisse ex hac citro pluribus conficimus argumentis. Quoniam citrus hæc alia est omnino ab ea quæ citria mala producit; est namque illa cupresso similis. Multum enim differt citrus nostra a cupresso. Citrus folia

lauri habet, cupressus vero juniperi sabinæque. In cultu non parum dissentiunt, quoniam citrus illas montes et loca frigida amat, aurantius vero frigora supra modum odit, calidisque locis familiaris. Omitto alia quamplurima, in quibus differt citrus nostra, mala citria ferens, a citro arbore ex qua mensæ illæ fiebant, quæ tanto in pretio habitæ fuere apud antiquos, ut Iuba rex duas mensas emeret, quarum alteri pretium fuit quindecim librarum, alteri paulo minus. Dion (ut Hermolaus refert) in Neronis vita non citrias sed cedrinas mensas nuncupare maluit, ut cedro potius citro similes viderentur arbores.

Quibus indiciis manifestissimum est alteram esse arborem citrum, ex qua mensas illas tanto pretio fabricabant, alteram vero esse mala citria producens. Aurantius vero, licet ingens arbor sit, per insitionem advenisse talem pro certo habemus. Multa enim monstra contingunt in natura, ut Aristoteles lib. 2 *De generatione animalium* retulit, animalibus videlicet et arboribus. Animalibus propter diversorum eorum commistionem. Quod quidem in Libya juxta Nilum fluvium plurimæ ferarum species bibendi gratia convenire cogantur, inibique varia mistura varias monstrorum formas, subindeque novas nasci. Vnde venit adagium «Semper Africa novi aliquid apportat». Arboribus vero accidunt monstra per insitionem, nam talea alicujus arboris in alia arbore certo modo affixa producitur tertium, quod monstrum dici potest. Sic evenit aurantio, quoniam per commistionem diversarum arborum (quod per insitionis opus fit) aurantius ad nos devenit.

Quod de Theophrasto dubitatur, si aurantias cognoverit, ipse enim lib. IV de *Historia plantarum*, sub nomine mali Persicæ et Medicæ, arborem describit quæ cum citro non parvam similitudinem habet, et in omnibus quibus Græci et Arabes de citro et citria deliniarunt nihil differt. Certum quidem est arborem Citria ferentem inibi Theophrastum intellexisse et non aurantium, quoniam de ejus proceritate non meminit, quæ his magna, illis ita deest ut arbusta potius judicari possint. Nec figuram pommo dedit, quoniam aurantiæ rotunda, citri vero oblonga videtur. Ianus Cornarius in commentariis Galeni *De compositione medicamentorum localium* aurantias sub malis Cestianis Galenum intellexisse indubitanter affirmat. Quod nec rationi nec iudicio consentaneum est, quoniam (ut ego existimo) cestianum itemque matianum malum idem esse oportet, sub pomis comprehensis, et cestiana mala a Cestio, sicut matiana a Matio appellari possint, unde nos Hispanica lingua *mançana* a Matio nuncupamus.

Sed tempus est ut frenum calamo imponamus, ne epistolæ limites excedamus.

Hæc sunt, Quadra doctissime, quæ de malo citrio atque aurantiis impræsentiarum occurrunt, quæ pro oraculis non prodo. Et, si non probaveris, culpam in te riiciam, qui arbitrum me inter tam celebratos viros esse voluisti. Vale. Finis.

ACERCA DE LAS CIDRAS, LAS NARANJAS Y LOS LIMONES

Nicolás Monardes

saluda a su amigo Cuadra

No puedo expresarte cuánto me alegró tu carta. Tu epístola es tan elegante, tan variada, tan aderezada, en fin, con toda clase de ciencia y de conocimientos profundos, que podría considerarse elaborada por las propias musas. Al volver de nuevo a ella para releerla con avidez, me sucedió aquello del poeta, que, mientras calmaba ansioso mi sed, nuevamente me sentía sediento.

En cuanto a nuestra amistad, tus virtudes, tus palabras y enseñanzas me incitan a ella; y no sólo a mí, sino también a otras personas. Todos al unísono han pregonado el esplendor de tus méritos; incluso públicamente lo reconoció el senado de esta ínclita ciudad, que de entre todos los españoles te eligió a ti como protocirujano. Y no sin motivo, puesto que dominas todos los conocimientos que requiere esta especialidad y eres el más preparado en cuestiones médicas.

Antiguamente, en tiempos de Hipócrates, Galeno y otros antiguos, la cirugía formaba parte de la medicina. Pero, después de que otros la desarrollaron, comenzó a tener sus propios especialistas, entre los que destacan Podalirio y Macaón, hijos de Esculapio, que Homero considera insignes sólo por curar heridas y abscesos externos¹². También se desarrolló en Egipto, sobre todo con Filoxeno¹³, que explicó concienzudamente esta especialidad en un gran número de volúmenes. Asimismo muchos otros varones hicieron algunos descubrimientos, que Celso describe con detalle en su libro primero¹⁴. A éstos, doctísimo varón, puedes considerarte adscrito, porque en ti resplandece lo que nos enseñó nuestro Galeno¹⁵, corifeo de todas las artes nobles; él dejó escrito que la cirugía es una actividad manual habilidosa con una finalidad apropiada. A ésta, a la vez que a la medicina, te has dedicado tú desde pequeño. En efecto, es conveniente que quien pretenda alcanzar la cima del arte médica debe dedicarse a ella con sumo esfuerzo desde joven. Esto lo demuestra con gran lucidez Sorano el efesio¹⁶, el médico más importante de su época, al escribir sobre los requisitos: «Nosotros —dice— nos fijamos primeramente en el que comienza a ser educado en el arte de la medicina. Que tenga la edad en que, por lo general, pasan los hombres de pequeños a grandes, lo que ocurre hacia los once años. Tal es, en efecto, la edad adecuada para elegir la sagrada profesión de la medicina». Éstas son sus pa-

¹² Se refiere a los hijos de Esculapio (o Asclepio), dios griego de la medicina y protector de la salud, considerados excelentes médicos. HOMERO, *La Iliada*, II 731-732, IV 193-194, XI 517, XI 598, XIV 2-3.

¹³ Se refiere a Filoxeno de Alejandría, autor del primer tratado conocido de cirugía.

¹⁴ Se refiere en realidad al prólogo del libro I de *De medicina* de CELSO.

¹⁵ Médico y filósofo griego (129-c. 210).

¹⁶ Médico griego natural de Éfeso, especialista en ginecología (98-138).

labras. De tal modo, pues, alcanzaste el culmen de la ciencia médica, que has conseguido en la Universidad Complutense la corona laureada de doctor, no sin un ingente trabajo, erudición y gloria, hasta el punto que aunaste la propia ciencia siguiendo la costumbre de los antiguos. Y para que no parezca que me dedico a adularte por interés en este esplendor y en tu alabanza, ahora mismo cambio de tema.

Preguntas en tu carta qué idea tengo de las naranjas y qué opinaban de ellas los antiguos, o si las conocían. Me sorprende, querido Cuadra, que, pese a que tienes en esa ilustre ciudad [Sevilla] hombres muy sabios, los más cualificados en toda la medicina, que con su mayor erudición podrían satisfacerte en tu propósito, acudas sólo a mí, que estoy mucho menos preparado en la teoría y en la práctica de estos temas. Particularmente en lo que a las naranjas atañe quizás actúe más bien como adivino, ya que no dispongo de guía. Pero, atendiendo al amigo y al sabio, explicaré brevemente no lo que quisiera, sino lo que pienso sobre ello.

Los cidros, los limoneros y otros árboles parecidos tienen la misma naturaleza, pero, por medio del injerto, adquieren diferente color y forma. Y, puesto que hablamos de naranjos, conviene que primeramente nos fijemos en el cidro como su primer progenitor.

Los árboles llamados cidros son dos. Uno, similar al ciprés, del que hacían aquellas famosas mesas que mencionaste. El segundo es el que produce cidras. Este último es pequeño, conocido por todos, con frutos en toda época, siempre preñado, hasta el punto que mantiene el fruto de tres años; echa flores muy agradables, fruto oblongo, a veces redondo, algo rugoso, de color dorado y grato olor. El árbol no es de gran tamaño, con hojas casi de laurel y con espinas sumamente agudas y rígidas. Abunda principalmente entre los medos y los persas; después fue llevado a Italia por iniciativa de Paladio y luego se plantó en los campos de España¹⁷.

En la antigüedad no se comían sus frutos, sino que se plantaba por su fragancia, y mediante varios injertos la fruta pasó de agria a dulce. También tiene propiedades de contraveneno; Marcelo¹⁸, sin embargo, duda si lo es la semilla o el fruto, ya que Dioscórides¹⁹ se refiere tanto a una como a otro, pero, apoyándose en Plinio²⁰, atribuye esta virtud a la semilla y al fruto. Teofrasto, por su parte, asigna totalmente la virtualidad al fruto entero, idea que sigue Paulo²¹. Este fruto es, en efecto, el gran

¹⁷ PALADIO, *De re rustica*, IV x 11-18. En cuanto a la presencia del cidro en España, Monardes se basó probablemente en el testimonio de SAN ISIDORO DE SEVILLA, quien se refiere a él en sus *Etimologías*, XVII 7-8, como *κεδρόμηλον*, *Medica arbor o citria*.

¹⁸ Se refiere quizá al galo-romano Marcelo Empírico (s. IV), autor de *De medicamentis empiricis phisicis ac rationalibus*.

¹⁹ DIOSCÓRIDES, *De materia medica*, I 115 5.

²⁰ PLINIO, *Historia natural*, XII 15-16.

²¹ Se refiere a Paulo de Egina (s. VII), cirujano.

antídoto del veneno que Virgilio en el libro segundo de las *Geórgicas* expresó tan maravillosamente con estos versos:

«Media produce los jugos ácidos y el sabor persistente del saludable cidro, en comparación del cual ningún remedio hay más enérgico ni expele mejor de los miembros el negro veneno, cuando las crueles madrastras emponzoñaron las bebidas, mezclando hierbas y malféficos conjuros²²».

Todo esto parece coincidir con Teofrasto, Plinio y otros, ya que es remedio que actúa instantáneamente contra todo veneno y contra la picadura de animales venenosos. Ruel lo refiere de este modo con una historia simpática: «Más aún —como refiere Ateneo—, todos admiten que la cidra es considerada un amuleto contra todo tipo de envenenamiento. Lo había aprendido de un hombre solvente, quien, en aplicación de las leyes promulgadas por los magistrados egipcios, a unos bribones que merecían castigo los había arrojado a las fieras para que penaran sus crímenes. Pero, antes de salir a la arena en la que sufrían castigo los ladrones y piratas, de camino cierta tabernera se compadeció de ellos y, muy afectada, les dio unas cidras que estaba comiendo. Ellos las aceptaron e ingirieron. Un poco más tarde, pese a ser ofrecidos a bestias enormes y ferocísimas, y mordidos por serpientes, no recibieron ningún daño. Entonces el prefecto quedó intrigado y, finalmente, preguntó al soldado encargado de la custodia si habían comido o bebido algo. Cuando se enteró de que únicamente se les había dado una cidra, al día siguiente mandó que a uno se le ofreciera y a otro se le denegara. El que la había comido no sufrió ningún daño, a pesar de ser mordido; el otro, tras la picadura, en seguida pereció. Repetida la experiencia en otros muchos y provocada con frecuencia la situación de peligro, al final se descubrió que servía de remedio inmediato a todo veneno letal²³». Hasta aquí Ruel. De este modo llegaron a diversos países por la eficacia del remedio y, como no se comían, sólo se utilizaban por su olor y para medicina. Esto lo refiere Plutarco y Ateneo lo confirma²⁴.

En esa época era un árbol sin cultivo y las cidras resultaban muy amargas y acetosas, tanto que con razón escribe Solino²⁵ que las cidras de Plinio son muy amargas²⁶. Esto lo remediaron los hombres con solícitos cuidados, como nos lo muestra el em-

²² VIRGILIO, *Geórgicas*, II 127 y ss. Hemos tomado literalmente la traducción de estos versos de VIRGILIO (2000), *Bucólicas. Geórgicas*, trad. de T. A. RECIO GARCÍA y A. SOLER RUIZ, Madrid, Gredos, p. 296.

²³ Monardes tomó probablemente este episodio de la edición de la *Materia médica* de Dioscórides realizada por el médico francés Jean Ruel (1474-1537), DIOSCÓRIDES, P. (1516), *De medicinali materia libri quinque*, trad. de J. RUEL, París, H. Stephan, que no hemos podido consultar. La anécdota original aparece, sin embargo, en la obra de ATENEO, *El banquete de los eruditos*, o *Deipnosophisti*, III 83-85.

²⁴ Se refiere a Plutarco de Queronea (Beocia, s. I-II).

²⁵ Se refiere a Solino (s. III), autor de *Polyhistor, seu rerum orbis memorabilium collectanea*.

²⁶ Se nos ha resistido el término *simiumlus*, de modo que a tientas y deduciéndolo del contexto, hemos traducido cidra.

perador Constantino: «Efectivamente, maceraron las semillas en leche de oveja antes de plantarlas; y de esa forma se volvieron dulces²⁷». Mas no perdieron del todo su amargor, pues su corteza posee aún una acidez intensa, ya que, si la pruebas sola, la afirmación de Solino parece confirmarse.

No sólo se han aclimatado, sino que por medio de injertos adoptaron otras variedades. Como resultado de esta diversidad, llegaron a refinarse en sabor y aspecto, y por medio del injerto se puso también remedio a la mortalidad del árbol. Las aves fueron las primeras que nos enseñaron a plantar árboles. El hambre les hacía devorar la semilla rapiñada, la reblandecían en el vientre con la fecunda medicina de la cidra, la defecaban en sus blandos nidos sobre los árboles y, por la acción del viento, ésta iba a parar con frecuencia a las grietas de las cortezas. Así nació el plátano del laurel y éste de otros árboles. Con este ejemplo los antiguos descubrieron los injertos, con cuya práctica se pueden contemplar por todas partes admirables variedades de árboles y de frutos, ya que de dos árboles se obtiene otro distinto con propiedades y características de ambos. En efecto, injertando el albaricoquero en el membrillero vemos que nace el melocotonero, del que no recuerdo haber leído ni los antiguos lo mencionaron²⁸. Así sucede con el cidro, que injertado en el granado, como enseñan los agricultores, adopta color rojo y una forma distinta. De este modo parece que nacen las naranjas, puesto que no son muy diferentes a la cidra, y se parecen bastante a las granadas en redondez, color y corteza. Y lo que más me convence al respecto es que los naranjos se asocian frecuentemente a los granados, como si su virtualidad no fuera muy diferente. Hoy en día cualquiera puede conocerlo prácticamente, porque, al escasear las granadas, en casi todos los lugares se recurre a las naranjas para reforzar la boca del estómago, para el hervor de la bilis, para la sed y muchísimas otras aplicaciones en las que los médicos recomiendan acertadamente las naranjas.

Es irrelevante que yo las denomine así por su color dorado o que el nombre proceda de la ciudad de Arantia [?]. Las llaman *manzanas doradas*, por lo que yo las llamé *aurantiae*. Dejo a los especialistas la gran dificultad que presenta la derivación etimológica²⁹. Lo que debes tener claro es que surgieron mediante injerto, igual que la mayor parte de las frutas que tenemos por este sistema, como tantas clases de ciruelas, manzanas, melocotones y otras. ¿Quién no se da cuenta de que tantas variedades de limones y otras frutas no se corresponden con la cidra ni con los limones? Así sucede con las zamboas, las toronjas, las limas, los limones, todos ellos desconocidos incluso para los antiguos. Tanto se ha extendido el uso del injerto que existen muchos géneros

²⁷ Se refiere probablemente a Constantino VII Porfirogéneta (905-959).

²⁸ Monardes se refiere seguramente al melocotón (lat. *Persica arbor*) y al albaricoquero (lat. *Armeniaca arbor*).

²⁹ Según CORRIENTE, F. (1999), *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Madrid, Gredos, p. 362, el término naranja procede del árabe *nāranj*, utilizado en árabe para referirse exclusivamente a la naranja amarga; éste del persa *nārang*, y éste a su vez del sánscrito *nāraṅga*.

de naranjas: algunas tienen una corteza tan dulce que pueden comerse íntegramente, otras en una pieza tienen dos tipos de gajos y otras carecen de semilla³⁰.

Dejo a juicio de cada cual su gran variedad de sabores. Baste decir que tenemos muchas y que se logran mediante injerto, aspectos que no mencionan los antiguos. Esto sucede con nuestras naranjas, como publicó Antonio de Nebrija, gran erudito en todo tipo de saber, en el prólogo de su diccionario: «Muchas cosas hay en nuestro siglo, las cuales el antigüedad o del todo no conoció, o confusamente conocido el género, no entendió sus diferencias. Solamente leemos un nombre y género de fruta agria, y así apenas conocido entre los antiguos. Pero nosotros pusimos diversos nombres a diversos géneros de aquella fruta, llamándolas cidras, naranjas, toronjas, limas, limones». Hasta aquí Nebrija³¹.

No sólo los frutos de los árboles, sino los propios árboles adoptaron otras formas mediante injertos. En efecto, el cidro injertado en naranjo alcanza gran tamaño, y el naranjo en el cidro se vuelve tan pequeño que no sobrepasa el codo de altura. Y para concluir esta cuestión con brevedad, estamos totalmente persuadidos de que las naranjas llegaron hasta nosotros gracias al injerto. Los antiguos, en cambio, no las conocían. Avicena en su comentario *De las virtudes del corazón*³², en el libro I *De la orina* y en el libro V *De los antídotos* menciona los cítricos³³. Esto también lo hizo Mesué³⁴, cuando describió el aceite de frutas de cítricos, pero aún no nos consta si se trataba de naranjas. Es el momento de pasar a otra clase de cidro.

En cuanto a esas mesas, querido Cuadra, elogiadas por los antiguos y construidas antiguamente de cidro por la envergadura de este árbol, afirmas en tu carta que pueden estar hechas de naranjo. De ello deduces que los antiguos conocían el árbol, ya que no pueden hacerse con nuestro cidro por tratarse de un árbol muy pequeño e inadecuado para tal fin. No me sorprende que tropieces en la misma piedra que la mayor parte de los autores antiguos. Que esas mesas tan preciosas, sobre todo las

³⁰ Durante su estancia en Sevilla en 1564, l'Écluse localizó precisamente esta variedad de naranja, llamada por los españoles «naranja caxel», a la que él denominó *Aurea malus eduli cortice*. L'ÉCLUSE, C. DE (1601), *Rariorum plantarum historia*, Amberes, C. Plantin, p. 6.

³¹ Hemos tomado literalmente esta cita de NEBRIJA, E. A. DE (1979), *Diccionario latino-español (Salamanca, 1492)*, Barcelona, Puvill-Editor, f. iiv.

³² Se trata en realidad de *De viribus cordis*, trad. al latín de *Al-adiwiyat al-qalbīyat*, de Ibn Sīnā (980-1037), conocido como Avicena. Monardes conoció seguramente esta obra en la versión latina de Arnau de Vilanova, de la que se llevaron a cabo varias ediciones a finales del siglo XV y principios del XVI.

³³ Es claro que Monardes utilizó este texto del *Liber pandectarum medicine* de Matheus Silvaticus (s. XIII), del que se llevaron a cabo varias ediciones a finales del siglo XV: «De citrangulo vero nunquam mentionem reperi nec vidi, nisi in quinto Avicen. capit. de Syrupo alkedere ex compositione sua; et in Damasc. in antidotario, ubi facit oleum de citrangulis, et oleum de citrangulorum seminibus». Hemos tomado este texto de GALLESIO, G. (1811), *Traité du Citrus*, París, L. Fantin, p. 261. Los términos utilizados en los originales árabes son, según GALLESIO (1811), p. 89, p. 123, 'utrūȳy y nāran̄y, por lo que hemos traducido *citrangula* por cítricos.

³⁴ Se refiere a Ibn Māsawayh, autor de un *Antidotario*.

ciceronianas³⁵, no proceden de este cidro lo demostramos con muchos argumentos, puesto que este cidro es completamente distinto del que produce las cidras. En efecto, aquel cidro es parecido al ciprés y el nuestro es muy diferente. El cidro tiene hojas de laurel, pero las del ciprés son de enebro y sabina. En el cultivo difieren bastante, dado que aquel cidro prefiere montes y sitios fríos, mientras que el naranjo rehúye notoriamente el frío y se encuentra en lugares cálidos. Omito muchísimos otros aspectos que diferencian nuestro cidro que produce cidras del cidro del que se hacían esas mesas tan apreciadas en la antigüedad. A tal punto que el Rey Juba³⁶ llegó a comprar dos mesas: por una pagó quince libras y por la otra un poco menos. Dión, como refiere Hermolao, en su vida de Nerón³⁷ prefirió llamarlas mesas de cedro y no de cidro, porque los árboles le parecían más bien cedros que cidros.

Por estos indicios está totalmente claro que el cidro, con el que fabricaban aquellas mesas tan costosas, es distinto del que produce cidras. En verdad, a pesar de que el naranjo es un árbol ingente, está demostrado que ha llegado a ser tal por injerto. Se producen, pues, muchos prodigios en la naturaleza, como refirió Aristóteles en *De la generación de los animales*, libro 2, a saber, en los animales y en los árboles. En los animales por el cruce entre diferentes especies. Esto sucede en Libia, junto al río Nilo, donde, al ir a beber, se aparean muchísimas especies de fieras; ahí con emparejamientos variados se producen diversos engendros y sucesivamente nacen otros nuevos. De aquí procede el adagio «África aporta siempre alguna novedad»³⁸. Y en los árboles se obtienen variedades por injerto, pues los vástagos de un árbol que de algún modo se adhieren a otro dan un tercero que puede llamarse engendro. Así sucede con el naranjo, que llega hasta nosotros por fusión con otros árboles, para lo que es necesario el injerto.

Se pone en duda si Teofrasto conoció las naranjas. En efecto, en el libro IV de su *Historia de las plantas*, con el nombre de *Μηδικὸν ὁ Περσικὸν καλονόμενον*, describe un árbol bastante parecido al cidro y que no difiere en nada de las descripciones griegas y árabes del cidro y de las cidras³⁹. Es evidente que Teofrasto se refería en

³⁵ Se refiere a la mesa que Cicerón menciona en las Verrinas: «maximam et pulcherrimam mensam citream». CICERÓN, *C. Verrem Actionis Secundae*, IV 36. Aún hoy, se fabrican en Marruecos mesas y otros objetos de elevado precio con madera de *Tetraclinis articulata* L., especie relativamente abundante en el norte de África, de la que, en la Península Ibérica, se conserva únicamente una pequeña población en las cercanías de Cartagena.

³⁶ PLINIO, *Historia natural*, XIII 91 y ss.

³⁷ Se refiere a una obra de Cassio Dione.

³⁸ ARISTÓTELES, *De la generación de los animales*, II 7. Aunque Aristóteles menciona ya el proverbio, Monardes debió tomar éste literalmente de PLINIO, *Historia natural*, VIII 17.

³⁹ TEOFRASTO menciona, en efecto, en su *Historia de las plantas*, IV iv 2-3, redactada probablemente en Babilonia c. 310 a.C., un cierto *Μηδικὸν ὁ Περσικὸν καλονόμενον* entre los árboles típicos de Media y Persia. Según TOLKOWSKY, S. (1938), *Hesperides. A history of the culture and use of citrus fruits*, Londres, John Bale, sons & Curnow, Ltd., pp. 50-51, el uso de la perífrasis *Μηδικὸν ὁ*

ese texto al árbol que da cidras y no al naranjo, puesto que no menciona su altura, grande en el primer caso y tan pequeña en el segundo que pueden catalogarse más bien como arbustos. Y no se fijó en la forma de la fruta, que resulta redonda en la naranja y oblonga en la cidra. Ianus Cornarius en sus comentarios al libro de Galeno *Composición de los medicamentos locales*⁴⁰ afirma rotundamente que Galeno había conocido las naranjas con la denominación de «manzanas cestianas», lo que es ilógico e incongruente, porque, a mi entender, es conveniente que el «árbol cestiano» y el «maciano» sean los mismos, dentro de la especie de los manzanos, y que las «manzanas cestianas» toman el nombre de Cestio, igual que las «macianas», de Macio⁴¹. De aquí que nosotros las llamemos en español *manzanas* derivándolas de Macio.

Pero ya es hora de refrenar nuestra pluma para no rebasar los límites del género epistolar.

Esto es, doctísimo Cuadra, lo que por el momento se me ocurre acerca del cidro y de los naranjos, y que no difundo como oráculo. Y, si no estás de acuerdo, te haré a ti responsable, que me obligaste a ser juez teniendo personas tan preparadas. Adiós. Fin.

Περσικὸν καλονόμενον sugiere que Teofrasto sólo habría conocido el árbol por referencias, excepto quizá el fruto, que pudo haberse llevado a Babilonia desde Media o Persia.

⁴⁰ Se trata de la obra *Commentarium medicorum in decem libros Galeni de compositione medicamentorum secundum locos conscripto*.

⁴¹ PLINIO, *Historia natural*, XV 49; COLUMELA, *Res rustica*, V x 19.